

Así como Rodrigo Diaz ofrece el mas acabado ejemplo de los caballeros españoles en la edad media, Gimena se nos presenta en la historia y en el célebre poema del Mio Cid tipo acabado de la muger histórica de España en los siglos XI y XII; y cuando el enojo del Rey cobardemente escitado por envidiosos áulicos, destierra á Rodrigo de la córte y manda cerrarle todas las casas de Búrgos, resignada Gimena le espera y le recibe en San Pedro de Cardeña con aquel respeto profundo que las damas de Castilla sentian por sus maridos, ántes que las puras afecciones del amor se hubiesen convertido en exagerada y falsa galanteria. Con cariñosa solicitud mas que con vanas palabras, procuró consolar al héroe en tan triste decepcion de su vida, y logró que aquel corazon, de bronce en las batallas, pero de cera para el sentimiento, dulcificara su amargura con el bendito riego del dolor. La escena que en tales momentos tuvo lugar, no podemos narrarla; hable por nosotros con su ingénuo y noble lenguaje el desconocido autor del citado poema.

Afevos Doña Ximena con sus fijas do vá legando ;

Sennas dueñas las traen, é adúcenlas adelante,

Antel Campeador Doña Ximena fincó los hinoios amqs;

265 Loraba de los oios, quisol' besar las manos:

— «Merced, Campeador, en ora buena fuestes nado;

Por malos mestureros de tierra sodes echado:

Merced ya, [Mio] Cid, barba tanto complida:

Féme ante vos yo é [las] vuestras fijas;

Infantas son [amas] é [assaz] de dias chicas.

270 Con aquestas mis duennas, de quien so yo servida,

Ya lo veo qué estades vos [Mio Cid] en ida

É nos de vos partimos hemos en vida.

Petro Comes, et Comes Garsia, qui fidejussoris fuimus, et stetimus in hanc scripturam firmitatis legentem audivimus, manus nostras roboremus. Sub Christi nomine Aldefonsus gratia Dei Rex, Urraca Ferdinandi, ac similiter Galvira proles Ferdinandi una cum fratribus meis, conf. Comes Munio Gundisalviz, Comes Gonsalvo Salvatores, Didago Alvarez, Diego Gundisalviz, Alvaro Gundisalviz, Alvaro Salvatores, Vermudo Rodriz, Alvaro Rodriz, Gutier Rodriz, Rodrigo Gonsalviz, Armiger Regis, Munio Diaz, Garsea Munioz, Frol Munioz, Ferrandi Petriz, Sebastianus Petriz, Alvaro Hannez, Pedro Gutierrez, Diago Maurelis, Sancia Rodriz, Terasia Rodriz, Annaya hic test. Didago hic test. Galindo hic test.

Dadnos conseio por amor de Sancta María.»

Enclinó las manos en la barba bellida;

275 A las sus fijas en brazos las prendia,

Llególas al corazon, cá mucho las queria,

Lora de los oios, tan fuertementre sospira:

— «Ya, Doña Ximena, la mi mugier tan complida,

Como á la mi alma, yo tanto vos queria:

280 Ya lo vedes que partimos tenemos en vida:

Yo iré é vos finearedes remanida.

Plegue á Dios [Padre] é á Sancta María

Que aun con mis manos case estas mis fijas.

Sumisa á la voluntad de su esposo, en cuyo buen consejo tuvo siempre completa fè, resignase á separarse del hombre á quien amaba, y dispuesta la partida para los primeros albores de la mañana siguiente, despues de oir la misa de la Santa Trinidad y de invocar Gimena la proteccion divina para Rodrigo en devota plegaria, despídese el valeroso castellano tiernamente de su digna compañera y de sus hijas, encomendándolas á la solicitud de Don Sancho Abad del monasterio de Cardeña.

370 El Cid á Doña Ximena ybala á abrazar;

Doña Ximena al Cid la manol' va besar,

Lorando de los oios que non sabe que se far;

É él á las niñas tórnalas á catar:

— «Á Dios vos acomiendo, fijas, é la mugier al Padre Spiritual.

375 Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar.»

Lorando de los oios, que non viéstes atal,

Assis' parten unos d' otros como la unna de la carne.

Despues de rendir tributo á los sentimientos de su corazon, el Cid, guerrero y cristiano ántes que todo, y aspirando al triunfo completo de la Cruz sobre el islamismo, parte á Barcelona y de allí á Zaragoza comenzando á realizar un vasto plan, estraño á primera vista, puesto que con frecuencia parecia que auxiliaba á los infieles, pero que re-

conocía por base, como el mismo Rodrigo manifestó mas tarde á Don Alfonso, el pensamiento altamente político de auxiliar á los sarracenos en las discordias civiles que los devoraban, para facilitar de este modo su completo vencimiento.

Odiado de los unos, buscada su amistad por otros, temido por todos, alcanzó el renombre de Cid, que por antonomasia le dieron los musulmanes, logró sostener un poderoso ejército cristiano, á costa de estos mismos, y que en cualquiera guerra su sola presencia, y la de sus nunca vencidos soldados inclinasen donde quiera la indecisa balanza del triunfo. Así es como, victoria tras de victoria durante ocho años, consigue presentarse ante el monarca cubierto de trofeos y laureles para ofrecerle la posesion del codiciado reino de Valencia; y vencido D. Alfonso de la generosidad de tal vasallo, vuélvele su estimacion y cariño, mas apreciados por Rodrigo que todas las distinciones con que quiso honrarle y distinguirle.

193 ¿Cómo son las saludes de Alfonso, mio sennor?...

[Decidme] si es pagado, ó si recibió el don?...

Dixo Minaya [Alvar Fañez]: D' alma é de corazon

Es pagado [Don Alfonso] é davos su amor.

Dixo mio Cid: Grado al Criador.

No dejó transcurrir mucho tiempo Don Rodrigo sin pasar á Castilla á besar las manos de su Rey y á estrechar despues entre sus brazos á Doña Gimena y á sus hijas; pero bien poco pudo gozar de tantas venturas, pues sin que bastasen á apagar los pasados rencores nuevos triunfos, que sin cesar alcanzaba para el monarca, escitaron de nuevo el enojo real los envidiosos, aprovechándose de insignificante y forzoso retraso que sufrió el ejército del Cid, cuando el Rey le llamaba para proteger á los cristianos de Aledo, consiguieron que Alfonso, dispuesto siempre á dar oídos á los contrarios de Rodrigo, porque jamás podía olvidar la jura de Santa Gadea, no solo rompiese los solemnes tratos y amistad que le unian al Campeador, sino que le despojase de todas las tierras, que un año ántes le habia cedido, estendiéndose

tambien á quitarle las que le pertenecian en propiedad, y poniendo en dura prision á Doña Gimena y á sus hijas.

La digna esposa del invencible castellano no dió en esta ocasion solemne de su vida la mas pequeña muestra de debilidad ni de orgullo. Sufrió con la dignidad que cumplia á su inocencia y su virtud el injusto castigo, y puesta la fè en Dios y en su esposo, dedicóse á consolar á sus hijas, y esperó tranquila el porvenir.

Apénas tuvo noticias el Cid de la estraña conducta del Monarca, despachó uno de sus mejores caballeros, para que le justificara ante el Rey, ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial; pero no llegando aquellas legitimas esculpaciones á oídos de Alfonso, sino á través de los envidiosos que le rodeaban, nada pudo conseguir el héroe castellano.

Sin embargo, como resultado final de aquellas repetidas súplicas, sino logró inclinar el ánimo de Alfonso para que le volviese con su estimacion los bienes de que le habia privado, alcanzó lo que mas tiernamente ansiaba su corazon, la libertad de Doña Gimena y de sus hijas.

Bien pronto tuvo necesidad el monarca de solicitar de nuevo el poderoso esfuerzo de Rodrigo, que olvidando sus agravios, acudió presuroso cerca del monarca á la menor indicacion de que le creía útil; y bien pronto tambien rompiéronse otra vez aquellas amistades nunca suficientemente enlazadas, siendo muy triste la situacion del noble guerrero, que, segun la oportuna frase de Quintana ¹, «no podia ni ir detrás, ni ponerse delante, sin que moviese un enojo ó motivase una sospecha.»

Desde entonces quedó ya separado casi para siempre de su soberano el rey de Castilla, marchando el Cid solo para Valencia, ciudad á la que habia de inmortalizar con su espada y con su nombre. Al sufrir los rigores del proceder inmerecido é injustificable de que era objeto, su corazon, templado en el infortunio y destinado siempre á

¹ Vida de Españoles célebres.

altas empresas, no se limitó á lamentar desdenes palaciegos en el apacible retiro de alguno de los pueblos que habia conquistado, sino que sostenido por la fè religiosa que impulsaba las acciones de los guerreros en aquellos siglos, buscó la distraccion de sus pesares en los peligros; y respondió á la ingratitud de un monarca entregándole un Reino entero, conquistado por el solo esfuerzo de su brazo.

La conquista de Valencia, hecha por aquel despreciado capitán que levantaba el solo mas ejército que un rey, que imponia tributos á sus mismos enemigos para que le mantuviesen sus soldados, que recibia sumisas embajadas de independientes soberanos, que leal siempre y á pesar de tantas prosperidades reconocióse vasallo del rey de Castilla y no pensó, como pudo hacerlo, en ceñir á su frente una corona, es el último y mas glorioso canto de la gran epopeya de su vida.

Pero en medio de tantas hazañas, de tan incesante actividad para la guerra, el recuerdo de Doña Gimena ocupaba constantemente al héroe, de quien la noble castellana se hacia cada vez mas digna por su talento y sus virtudes. Asi es que cuando, terminada la conquista de Valencia, entró triunfante en la ciudad, su primer cuidado fué llamar cerca de sí á su esposa, no sin haber ofrecido antes, como narra el poema, al rey Alfonso, sin embargo de sus injustos desdenes, cien caballos ricamente guarnecidos, presentados al monarca por Alvar Fañez de Minaya, dando con ello en la Corte de Castilla aviso de las proezas de Rodrigo y de la conquista de Valencia, y despertando la admiracion y el entusiasmo en el pueblo, y la mal dormida envidia en los desdeñosos cortesanos.

A ser cierto lo que en el mismo poema se canta, vencido Don Alfonso de tal lealtad y tan peregrina virtud, restituyó al fin sus bienes al Campeador, dando permiso á Alvar Fañez de Minaya para conducir á Valencia á la esposa y á las hijas del héroe, honroso cometido que desempeñó aquel experto capitán sacando del monasterio de Cardena á las ilustres damas, y conduciéndolas con la mas exquisita atencion á la perla del Turia. «Honradas en el tránsito, escribe á este propósito el erudito autor de la Historia crítica de nuestra literatu-

ra¹, ya de cristianos, ya de moros, recogen Doña Gimena y sus hijas cuantas muestras de respeto eran debidas al esclarecido nombre de Ruy Diaz; y al acercarse á los muros de Valencia, seguidas de doscientos caballeros que habia enviado el héroe para su cortejo², son recibidas por el clero, á cuya cabeza aparece el Obispo D. Gerónimo, elevado por Mio Cid á la nueva silla de aquella ciudad³:» tanto era el aprecio que merecia la ilustre dama, no solo por el nombre de su esposo, sino por las altas virtudes que la adornaban, y que á pesar de su verdadera modestia, eran conocidas de toda España. El Cid, recordando los tiempos de su juventud, salió caballero en su Babieca, cubierto con sus mejores galas, á recibir tambien á su esposa, tan lleno de puro placer su corazón que segun el poema

alegre fué mio Cid que nunca más nin tanto.

Gozando su esposa de la misma alegría, no se olvidó, sin embargo, del profundo respeto que siempre tuvo á su esposo, y queriendo expresarle el placer y la gratitud de su corazón

Quando l' vió doña Ximena, á piés se le hechaba:

«Merced, Campeador, en buen hora cinxiestes espada:

Sacada me avedes de muchas vergüenzas malas.

1605 Afeme aquí, Señor, yo é vuestras hijas amas:

Con Dios é convusco buenas son é criadas.»

Lleno de la inmensa satisfaccion que embargaba su espíritu, cuando llegó cerca de ellas el Cid

A la madre é las hijas bien las abrazaba

Del gozo que avien de los sos oios loraban.

¹ Amador de los Rios.

² Es de notarse que ciento de estos caballeros eran cristianos y los otros ciento moros, enviados por Aben-Galvon, régulo de Molina, amigo y tributario de Mio Cid, para honrar á su muger y á sus hijas. (Vers. 1469 á 1473.)

³ Era este prelado natural de Perigueux (Petrigórica); le habia traído á España el Arzobispo D. Bernardo, quien, muerto el Cid y abandonada Valencia, le hizo Obispo de Zamora.